



LOS PALACIOS DE VERANO

Escrito durante la *Commune*.

Después de la toma de Pekin y del saqueo del *Palacio de Verano* por las tropas francesas, cuando el general Cousin-Montauban vino á París para que lo bautizasen conde de Palikao, distribuyó entre la buena sociedad parisiense, á guisa de regalo de bautizo, los maravillosos tesoros de jade y laca roja, con los

cuales traía cargados sus furgones de equipaje; y durante una larga temporada hubo en las Tullerías y en algunos salones privilegiados, gran exhibición de objetos y juguetes de china.

Asistíase á esas exposiciones como á la venta del mobiliario de una mujer de vida alegre, ó como á una conferencia del abate Bauer. Aun me parece estar viendo, en la semioscuridad de las habitaciones un poco abandonadas, donde aquellas riquezas se hallaban expuestas, las muñecas de abultado peinado apretándose, agitándose entre las cortinas de seda azul con flores de plata; las linternas de tela, adornadas con flecos y campanillas de esmalte; las persianas y cancelas de transparente cuerno; las grandes pantallas cubiertas de inscripciones pintadas, todo aquel amontonamiento de juguetes preciosos, tan á propósito para la inmovilidad de la vida que hacen las mujeres de los pies pequeñísimos. Sentábase la gente en los sillones de porcelana; registraban los cofrecillos de goma laca; los méritos de labor adornados con dibujos é incrustaciones

de oro; se probaban en broma y para reirse los cendales de seda blanca y los collares de perlas de la Tartaria, y había chillidos de admiración, risas disimuladas, caídas de biombos de bambú que derribaban al pasar luego, y en todos los labios, aquella palabra mágica de *Palacios de Verano*, que corría como el aire producido por un abanico, abriendo á la imaginación no sé qué encantadas alamedas de blanco marfil y de florido jaspe.

Este año, la sociedad de Berlín, la de Munich, la de Stuttgart, ha tenido también exposiciones del mismo género. Ya hace algunos meses que las elevadas damas del lado allá del Rhin pronuncian sus *mein Gott* (¡Dios mío!) de admiración ante las porcelanas Sèvres, los relojes de Luis XVI, los muebles tapizados de blanco y oro, los encajes de Chantilly, las cajas de naranjo, de mirto y de plata, que los innumerables Palikaos del ejército del rey Guillermo han cogido en los alrededores de París, en el saqueo de nuestros Palacios de Verano.

Porque no se han contentado con sa-

quear uno. No les ha bastado Saint-Cloud, ni Meudon, esos jardines del Celeste Imperio. Nuestros vencedores se han metido en todas partes, lo han arañado, lo han desvalijado todo, desde los grandes castillos históricos que conservan en la frescura de sus verdes prados y de sus árboles de cien años un rinconcillo de Francia, hasta la más humilde de nuestras blancas casitas; y ahora, á todo lo largo del Sena, de una orilla á otra, nuestros palacios de verano abiertos de par en par, sin techos, sin ventanas, presentan sus desnudas paredes y sus derruídas terrazas. Sobre todo, por la parte de Montgeron, de Draveil, de Villanueva Saint-Georges, la devastación ha sido espantosa. S. A. R. el príncipe de Sajonia trabajaba por aquella parte, con su partida, y parece que la tal alteza ha sabido hacer las cosas. En el ejército alemán no se le llama más que *el Ladrón*. En resumen: el príncipe de Sajonia me parece que ha de ser un hombre que no se hace ilusiones, un espíritu práctico que se ha dado perfectamente cuenta de que el día menos pensado el ogro de

Berlín se tragaría á todos los principillos liliputienses de la Alemania del Sur, y ha tomado sus precauciones.

Ahora, suceda lo que quiera, Monseñor está al abrigo de la miseria. Cuando le echen de su trono podrá escoger entre instalar una librería francesa en la feria de Leipzig, ó hacerse relojero en Nuremberg, ó meterse á vendedor de pianos en Munich, ó á chalán de alhajas en Francfort. Nuestros palacios de verano le han dado elementos para todo eso, y sin duda por ello ha saqueado con tanto afán.

Ahora, lo que ya no me explico yo tan fácilmente, es la rabia con que su alteza ha despoblado nuestros criaderos de faisanes y nuestras conejeras, rabia que no ha dejado en pie bicho con pluma, ó con pelo, en nuestros bosques...

¡Pobre bosque de Sénart, tan tranquilo, tan bien cuidado, tan orgulloso con sus estanques llenos de peces colorados y con sus guardabosques con casaca verde! ¡Qué bien se encontraban en sus dominios todos aquellos corzos y todos aquellos faisanes de la corona! ¡Qué vida de ca-

nónigos se daban! ¡Qué seguridad!... Algunas veces, en el silencio de las tardes de estío, se oía un rozamiento de maleza, y todo un batallón de faisanes desfilaba dando saltitos por entre las piernas de uno, mientras que allí lejos, al final de una verde alameda, se paseaban tranquilamente dos ó tres corzos, como frailes que se esparcen por el jardín de un seminario. ¡Quién había de disparar tiros á tales inocentes!

Así es que los mismos cazadores de oficio sentían escrúpulos, y el día que se inauguraba la temporada de la caza, cuando Rouher ó el marqués de la Vallette llegaban con sus invitados, el guarda general—iba á decir el director de escena—designaba con antelación algunas hembras de faisán viejas, algunas liebres derrengadas que salían á esperar á aquellos señores á la plazoleta de la Gran-Encina, y caían muertas graciosamente á sus pies al grito de «¡Viva el Emperador!» Y aquélla era la caza que se mataba en todo el año.

¡Ya os figuraréis el estupor de los desgraciados animales cuando dos ó tres-

cientos ojeadores, con gorras sajonas, cayeron una mañana sobre las alfombras de verdura, cogiendo los nidos, echando abajo los cercados, llamándose unos á otros á voces, en idioma bárbaro, y en medió del fondo de la espesura misteriosa donde Madama de Pompadour se escondía para espiar el paso de Luis XV, sacaron á relucir los sables y los puntiagudos cascos del Estado Mayor sajón! En vano los corzos trataban de huir; en vano los pobrecillos conejos, asustados, levantaban las patitas y gritaban temblando: «¡Viva S. A. R. el príncipe de Sajonia!» El cruel sajón nada quería escuchar, y durante muchos días seguidos continuó la matanza. Ahora todo ha terminado; el grande y el pequeño Sénart están desiertos. Ya no quedan allí más que grajos y caracoles, á los cuales no se atreven á tocar los fieles vasallos del rey Guillermo, porque los grajos tienen los colores blanco y negro de la bandera prusiana, y porque la concha de los caracoles es de ese color indefinible que tanto agrada al señor de Bismarck.

Sé todos estos pormenores por el tío

La Loué, verdadero tipo del guardabosque del Sena-y-Oise con su calmosa manera de hablar, su aire de hombre astuto y sus ojillos brillantes animando su cara de color de tierra. El pobre hombre es tan celoso de sus funciones de guarda, invoca tan á menudo, y venga ó no á cuento, las cinco letras cabalísticas que se leen sobre el cobre de su placa, que las gentes del país le han apodado el tío La Ley, por su parecido con La Loué, dicho como se pronuncia en Sena-y-Oise. Cuando en el mes de Septiembre corrimos á encerrarnos en París, el viejo La Loué enterró sus muebles y sus ropas, envió lejos á su familia, y se quedó esperando á los prusianos.

«Conozco á palmos el bosque, decía blandiendo su carabina... y que vengan á buscarme.»

Esa fué su despedida cuando nos separamos... No dejaba de inspirarme cuidado su suerte. A menudo, durante el invierno cruel que hemos pasado, me figuraba yo á aquel pobre hombre solo en el bosque, obligado á mantenerse de raíces, sin más defensa contra el frío que

una blusa de tela con la placa de guarda-



bosque encima. Sólo de pensarlo se me ponía carne de gallina.

Ayer mañana lo vi llegar á mi casa fresco, hermoso, gordo, con una buena levita nueva y siempre con su famosa placa sobre el pecho tan reluciente como bacía de barbero. ¿Qué ha hecho durante todo ese tiempo? No me he atrevido á preguntárselo; pero no parece que haya sufrido mucho... ¡Pobre tío La Loué! ¡Conocía tan bien el bosque, que puede que haya paseado por él al príncipe de Sajonia!

Acaso sea ése un mal pensamiento mío; pero conozco mucho á la gente del campo y sé de todo lo que son capaces... El bravo pintor Eugenio Leroux—herido en una de las primeras salidas que hicimos, y cuidado durante algún tiempo en casa de unos viticultores de la Beauce—nos contaba el otro día un suceso que pinta perfectamente á toda esa raza.

Las gentes en cuya casa estaba no se explican por qué se había batido no estando obligado á ello.

—¿Ha sido usted militar? le preguntaron.

—No por cierto. No hago más que cuadros, y en mi vida he hecho otra cosa.

—Pues entonces, cuando le hicieron á usted firmar el papel para ir á la guerra...

—¡Pero si no me han hecho firmar nada!...

—¡Ah! Pues entonces es que, cuando habéis salido á batiros—y al llegar aquí se miraban unos á otros y se hacían guiños de inteligencia,—es que habíais bebido un poquillo más de la cuenta.»

Ese es el campesino francés. El de los alrededores de París es peor todavía. Algunos bravos que había en las afueras se han venido á comer carne de perro con nosotros á las trincheras; pero de los demás no me fío. Se han quedado fuera para enseñar nuestras bodegas á los prusianos y consumir con ellos el saqueo de nuestros pobres palacios de verano.

El palacio mío era tan modesto, estaba tan escondido entre las acacias, que tal vez haya escapado al desastre; pero no iré á verlo hasta que haya pasado mucho tiempo de marcharse los prusianos. Quiero dejar tiempo al paisaje para que se sanee. Cuando pienso que todos nuestros preciosos rinconcitos, esas peque-

ñas islas de cañas y de delgados sauces adonde íbamos por las noches á echarnos en el suelo á la orilla del agua, para oír cantar las ranas; las alamedas llenas de musgo, donde el pensamiento, al andar, se esparcía á lo largo de las avenidas y se enganchaba en todas las ramas; aquellas plazoletas alfombradas de hiedra, donde estaba uno tan bien para dormir al pie de una encina, con el zumbar de las abejas allá en lo alto, que formaba como una cúpula de música; cuando pienso que todo eso ha sido de ellos, que se han sentado en todas partes; cuando lo pienso, ese país delicioso se me aparece ajado y triste. Esa mancha me espanta más todavía que el saqueo. Temo que ya no tendré cariño á mi nido.

¡Ah! Si en los momentos del sitio hubieran podido los parisienses meter en la ciudad esa adorable campiña de los alrededores; si hubiésemos podido traer arrastrando los prados, los verdes senderos iluminados por el sol al ponerse, quitar de su sitio los estanques que hay bajo sus arboledas, como si fuesen espejos de mano; liar nuestros riachuelos al-

rededor de un carrete como si fuesen de hilillo de plata, y encerrarlo todo en un armario, ¡qué alegría tan grande tendríamos ahora poniendo los prados, los estanques y los arroyuelos cada uno en su sitio y volver á montar una isla de Francia que los prusianos no hubiesen visto jamás!...

